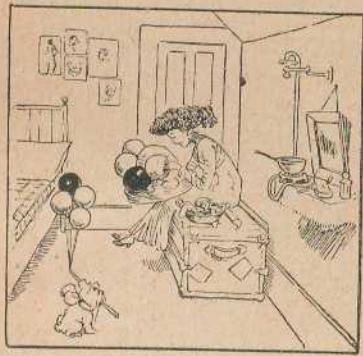


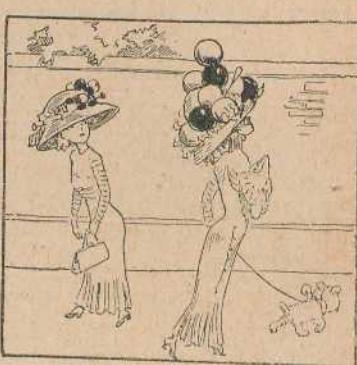
La del perrito. — ¡Qué elegancia, qué distinción la de mi vecina la rubia Imperio! ; Y toda la gracia se la da el sombrero con su adorno!



—¡Cuánto quiere por todos los globos? No embrome ¡eh?
El mercader de la aviación. — Des pesos, no puedo dárteles por menos. Tengo palabra; soy Isaac.



En su pieza. — Ahora sí que mi sombrero va á eclipsar verdaderamente á ese astro.



La vecina. — ¡Ah; qué hermosura!



¡Santo cielo! ¡habrá sido un monoplano!



Y sigue viaje sin novedad.